

Más allá de los **SUEÑOS**

RICHARD MATHESON



Descubre la auténtica naturaleza de la vida después de la muerte

¿Qué nos ocurre tras la muerte? Chris Nielsen no tiene ni idea hasta que un grave accidente acaba con su corta vida y lo separa de su amada esposa, Annie. Ahora Chris tendrá que arreglárselas en el lugar desconocido que le espera después de dejar este mundo. Pero ni siquiera el cielo está completo sin Annie, y cuando la tragedia amenaza con separarlos para siempre, Chris arriesga su propia alma para salvarla de una eternidad de sufrimiento. Esta intensa historia de **Richard Matheson**, que trata acerca de la vida (y el amor) después de la muerte, sirvió de base para la película ganadora de un Óscar, protagonizada por Robin Williams.

PRÓLOGO

El manuscrito que estás a punto de leer llegó a mis manos de la siguiente forma.

La tarde del diecisiete de febrero de 1976, el timbre de nuestra puerta sonó y mi mujer fue a ver quién era. Un rato después, volvió al dormitorio donde estábamos viendo la televisión y dijo que una mujer quería verme.

Me levanté y marché hacia el recibidor. La puerta estaba abierta. Una mujer alta, que rondaba los cincuenta, me esperaba en el porche. Vestía bien y sostenía entre sus manos un sobre grande y abultado.

—¿Es usted Robert Nielsen? —me preguntó.

Le dije que sí y ella me alargó el sobre.

—Entonces esto es para usted.

Lo miré con suspicacia y le pregunté qué era aquello.

—Un mensaje de su hermano —replicó.

Mis sospechas fueron en aumento.

—¿A qué se refiere? —inquirí.

—Su hermano Chris me ha dictado este manuscrito —respondió.

Sus palabras no consiguieron más que enfadarme.

—No sé quién es usted —le aseguré—, pero si supiera de verdad algo de mi hermano, no desconocería que murió hace ya más de un año.

La mujer suspiró.

—Ya lo sé, señor Nielsen —rebatí, con cierto tono de cansancio—. Soy una médium. Su hermano me ha dictado este material de...

Se paró cuando empecé a cerrar la puerta, y entonces fue cuando rogó.

—Señor Nielsen, por favor.

Hubo un matiz de apremio tan imperante en su voz que la miré, sorprendido.

—He pasado seis meses transcribiendo este manuscrito —me aseguró—. No fue idea mía. Tengo cosas que hacer, pero su hermano no pensaba dejarme en paz hasta que escribiera la última palabra de este documento y prometiera entregárselo. —Su voz adquirió un tono desesperado—. Ahora solo queda que usted lo acepte, y así podré descansar tranquila.

Con esas palabras, depositó el sobre en mis manos, se giró y descendió con rapidez por el camino que conducía hasta la acera. Luego se subió a su coche y se alejó sin perder un segundo.

Nunca la he vuelto a ver ni saber de ella. Ni siquiera sé su nombre.

* * *

He leído tres veces el manuscrito, y me encantaría saber qué hacer con él.

No soy un hombre religioso, pero, como todo el mundo, me siento inclinado a creer que la muerte no se reduce al olvido sin más. Aun así, encuentro complicado, si no imposible, aceptar toda esta historia. Todavía sigo pensando en ella en esos términos: como una historia.

Lo cierto es que los hechos están ahí. Datos sobre mi hermano y mi familia que esa mujer no podría conocer, a menos que hubiera pasado muchos meses de laboriosa y onerosa investigación antes de redactar el manuscrito. En cuyo caso, ¿cuál sería su objetivo? ¿Qué ganaría con algo así?

Las preguntas que se formulan en mi mente no son pocas. No las enumeraré aquí, pues prefiero que el lector se forme las suyas.

De una cosa sí estoy convencido. Si el manuscrito es cierto, es mejor que todos nos replanteemos nuestras vidas. Y que lo hagamos cuanto antes.

Robert Nielsen
Islip, Nueva York
Enero, 1978

PRIMERA PARTE
EL SUEÑO DE LA MUERTE

1

Un borrón de imágenes fugaces

«Empieza por el principio», afirma el dicho. No puedo hacerlo. Comienzo por el final: los últimos momentos de mi vida en la Tierra. Te lo contaré tal y como ocurrió... y también lo que siguió después.

Una nota acerca del texto. Ya conoces mi estilo, Robert. Por eso mismo, en esta ocasión te puede parecer chocante. La razón es que me hallo limitado por mi escriba. Mis pensamientos han de cruzar por su mente. No puedo evitarlo. Y no todos los granos atraviesan el filtro. Así que sé comprensivo cuando pienses que simplifico las cosas en demasía. Sobre todo al principio.

Ambos lo hacemos lo mejor que podemos.

* * *

Gracias a Dios que estaba solo esa noche. Lo habitual era que Ian fuera al cine conmigo. Dos veces por semana (por mi trabajo, ya sabes).

Esa noche no vino. Actuaba en una obra de la escuela. Una vez más doy gracias a Dios.

Fui a un cine situado al lado de un centro comercial. No recuerdo el nombre. Uno enorme que han dividido en dos. Pregúntale el nombre a Ian.

Eran más de las once cuando salí de la sala. Me monté en el coche y conduje hacia el campo de golf. Ese tan pequeño... el de niños. No me sale la palabra. Está bien.

Deletréalo. Más despacio. M-i-n... i... g-o... l-f... Estupendo. Eso es.

Había tráfico en la... ¿calle? No, más amplio. ¿Ave... nada? No es del todo exacto, pero vale con eso. Creí ver un hueco y me lancé. Pero entonces apareció un coche a toda velocidad y tuve que parar. Había espacio para que me rodeara, pero no lo hizo. Me golpeó por la izquierda y mi coche comenzó a dar vueltas de campana.

Me quedé conmocionado, pero el arnés de seguridad me sujetó. No es arnés. C-i-n-t-u-r-ó-n. Aún no había sido herido de gravedad. Pero una camioneta me impactó por el costado derecho y me catapultó contra la línea continua. Un camión venía hacia mí. Me golpeó de lleno. Escuché un crujido terrible y el sonido de los cristales rotos. Me golpeé la cabeza y la negrura se apoderó de mí. Durante un instante, creí verme inconsciente y sangrando. Luego todo se sumió en las tinieblas.

* * *

Recuperé la consciencia. El dolor resultaba insoportable. Era capaz de escuchar mi respiración, un sonido horroso. Lento, exiguo, y acompañado con esporádicas toses líquidas. Tenía los pies helados. Lo recuerdo a la perfección.

Poco a poco, me percaté de que me encontraba en una habitación. También había gente, o eso creo. Algo impedía que estuviera seguro de ello. Sirantes. No, espera. Deletrea despacio. S-e-d-a-n... Sedantes.

Comencé a escuchar una voz susurrante. No era capaz de entender las palabras. No tardé en apreciar una forma a mi lado. Tenía los ojos cerrados, pero la veía. No podía asegurar si se trataba de un hombre o una mujer, pero de lo que sí estaba convencido es de que me hablaba. Cuando dejé de escuchar las palabras, desapareció con ellas.

Luego surgió otro dolor, esta vez en mi mente, y fue incrementándose sin prisa, pero sin pausa. Me dio la impresión de sintonizarlo como si fuera una cadena de radio. No era mi dolor, sino el de Ann. Lloraba y estaba asustada. Porque yo me había hecho daño. Tenía miedo de lo que me pudiera pasar. Sentía su angustia. Sufría de forma terrible. Traté de alejar las sombras, pero fui incapaz. Traté, en vano, de pronunciar su nombre.

«No llores —pensé—. Todo irá bien. No tengas miedo. Te quiero, Ann. ¿Dónde estás?».

En ese instante volví a casa. Era una tarde de domingo. Todos estábamos en el salón, riendo y hablando. Ann se sentaba a mi lado, Ian lo hacía al suyo. Richard se encontraba pegado a Ian, y Marie se acomodaba al final del sofá. Rodeaba con el brazo a Ann, que se apretaba contra mí. Despedía cierto calor agradable; le besé en la mejilla. Nos sonreímos el uno al otro. Era una tarde de domingo, pacífica e idílica, y todos estábamos juntos.

Me sentí emerger de la oscuridad. Yacía en una cama. El dolor volvió y me recorrió de los pies a la cabeza. Nunca me había dolido tanto como entonces. Sabía que me estaba deslizando. Sí, el término es deslizarse.

Entonces escuché un sonido horrible. Un tableteo en mi garganta. Recé para que Ann y los niños no lo oyeran. Los aterrorizaría. Le pedí a Dios que no los dejara escuchar aquel horrible ruido, que los protegiera de él.

El pensamiento que acudió a mi mente fue: «Chris, te mueres». Luché para tomar aire, pero los fluidos de mi tráquea evitaron que el aire pasara a su través. Me noté perezoso y lento, atrapado en una masa densa.

Había alguien al lado de la cama. Esa forma otra vez. «No luches contra ello, Chris», me decía. Aquellas palabras me enfurecían. Quienquiera que fuese, deseaba que muriera. Yo pugnaba contra ello. No quería marcharme. «¡Ann!», la llamé en mis pensamientos. «¡Sostenme! ¡No dejes que me vaya!».

Aun así, me deslicé. El cuerpo me dolía como mil demonios. Advertí mi debilidad. Luego hizo presa en mí una extraña sensación. Como si me hicieran cosquillas. Extraño, lo sé. Ridículo. Pero así fue. Cosquillas, por todas partes de mi cuerpo.

Otro cambio. No estaba en una cama, sino en una cuna. Sentía el balanceo adelante y atrás, adelante y atrás. Poco a poco, caí en la cuenta. No estaba en una cuna, seguía en la cama. Mi cuerpo era el que se movía. Pequeños ruiditos crujían en el interior de mi cuerpo. Los sonidos que escuchas cuando quitas un vendaje con cuidado. Menos dolor. El dolor iba desvaneciéndose.

Asustado, traté de recuperar el dolor. Volvió en segundos, y esta vez peor que nunca. Agonizando, me aferré a él. Me hacía sentir vivo. No quería marcharme. «¡Ann!». Mi mente gritó y suplicó. «¡Sostenme!».

No sirvió de nada. Sentí la vida escurrirse entre mis dedos, volví a escuchar los mismos sonidos, aunque mucho más altos; el rasgar de un ciento de hilos diminutos. Se me durmieron las piernas. Perdí el sentido del olfato y el del tacto. Los dedos y los pies se me entumecieron. Pugué por volver a sentir algo, pero fui incapaz. Una cosa fría reptaba por mi estómago, por mi pecho. Se paró en torno a mi corazón, que latía despacio, muy despacio, como el tambor de una marcha fúnebre.

De repente, supe lo que ocurría en la habitación de al lado. Vi una mujer de bastante edad yacer allí; hebras de cabello gris recorrían su almohada. Tenía la piel amarilla y sus manos se asemejaban a garras de pájaro. Cáncer de estómago. Alguien se sentaba a su lado, y le hablaba con suavidad. La hija. Decidí que no quería verlo.

De inmediato, abandoné la habitación y volví a la mía. El dolor casi había desaparecido. No pude recuperarlo a pesar de lo mucho que lo intenté. Escuché un zumbido; sí, un zumbido. Los hilos seguían rompiéndose. Sentí los extremos rotos de los hilos retorcerse.

Ese frío de antes se movió de nuevo. Se movió hasta situarse en mi cabeza. Todo lo demás lo notaba insensibilizado. *¡Por favor!*, grité en busca de ayuda. Pero no dije nada: tenía la lengua paralizada. Mi ser mismo se retrotraía, se refugiaba en mi cabeza. Las membranas se contraían... No, espera. M-e-m-b-r-a-n-a-s. Sí. Hacia fuera y hacia el centro a la vez.

Empecé a moverme a través de una abertura de mi cabeza. Había un ruido similar a un ronroneo, un repique, algo que se deslizaba muy deprisa, como una corriente de agua a través de un curso muy estrecho. Me sentí alzar. Era una burbuja que oscilaba de uno a otro lado. Creí ver un túnel sobre mí, oscuro y sin fin. Me giré y me quedé anonadado al ver mi cuerpo tirado en la cama. Vendado e inmóvil. Alimentado mediante tubos de plástico. Estaba conectado al cuerpo merced a un cordel que brillaba con luz plateada. El cordón, muy fino, salía de arriba de mi cabeza. *«El cordel de plata —pensé—. Dios mío, el cordel de plata»*. Sabía que era lo que mantenía mi cuerpo con vida.

Me inundó el aborrecimiento cuando vi mis brazos y piernas sufrir espasmos. Casi no respiraba. Había una expresión agónica en mi cara. De nuevo, luché para descender y unirme a mi cuerpo.

«¡No, no me iré! —chillaba mi mente—. ¡Ann, ayúdame! ¡Por favor! ¡Tenemos que estar juntos!».

Me obligué a bajar y observar mi rostro. Los labios se habían vuelto púrpuras y el sudor perlaba mi piel. Contemplé las venas del cuello hincharse. Los músculos comenzaron a contraerse de forma espasmódica. Intenté con todas mis fuerzas volver al cuerpo.

«¡Ann! ¡Llámame a tu lado para que pueda seguir junto a ti!».

Ocurrió un milagro. La vida llenó mi cuerpo, un saludable color recorrió mi piel y una mirada de paz se acomodó en mi rostro. Le di gracias a Dios. Ann y los niños no me

vieron de la misma forma que yo. Pensé que volvería a mi cuerpo.

Pero no fue así. Mi cuerpo fue envuelto por un saco de muchos colores, un saco tejido por el cordel de plata. Sentí una sensación de desvanecimiento, escuché un restallido (como si una enorme goma elástica se rompiera) y comencé a alzarme.

Entonces tuve un *flashback*. Sí, eso es. Un *flashback*; como en las películas, pero mucho más rápido. Has leído y escuchado la frase un millar de veces: «su vida entera pasó ante sus ojos». Robert, es verdad. Tan rápido que apenas pude seguirla... y hacia atrás. Los días antes del accidente, las vidas de los niños, mi matrimonio con Ann, mi carrera de escritor. La universidad, la Segunda Guerra Mundial, el instituto, la escuela, mi infancia. 1974-1927, hasta el último segundo de esos años. Cada movimiento, pensamiento, emoción, cada palabra hablada. Lo vi todo. Un borrón de imágenes fugaces.

2

Soñar que se sueña

Me senté en la cama de forma abrupta y me eché a reír. ¡Solo había sido un sueño! Me sentía alerta, con todos mis sentidos aguzados. Es increíble lo real que puede parecer un sueño.

Pero a mi vista le pasaba algo. Veía borroso. Más allá de tres metros era incapaz de distinguir nada.

La habitación me resultaba familiar: las paredes, el suelo de estuco. Cinco metros por cuatro. Las cortinas de color beis con tiras marrones y naranjas. Una televisión de color colgaba cerca del techo. A mi izquierda había una silla: tapizada con un material imitación de cuero, de un color rojizo anaranjado y brazos de acero inoxidable. La alfombra era de la misma tonalidad que la silla.

Entonces comprendí por qué las cosas parecían borrosas. El humo inundaba la habitación. Sin embargo, no había olor alguno. El dato me llamó la atención. No era humo. De inmediato cambié de idea. El accidente. Mis ojos habían quedado afectados. No me había desmayado. El alivio de saber que aún estaba vivo trascendió tal preocupación.

«*Vayamos por partes*», pensé. Tenía que encontrar a Ann y decirle que me encontraba bien para que así dejara de preocuparse. Me levanté por el lado derecho de la cama. La mesita de noche estaba hecha de metal, y su color también era beis, a juego con nuestra cocina. Deletrea. F-o-r-m-i-c-a. En un rincón se levantaba una pila. Los grifos me recordaban palos de golf, ¿sabes? Un espejo pendía encima de la pila. Debido a lo precario de mi vista me resultaba imposible apreciar mi reflejo.

Me acerqué a la pila, y luego me detuve. Se acercaba una enfermera. Caminó directa hacia mí, y me tuve que apartar. Ni siquiera me miró, pero boqueó algo y se apresuró en dirección a la cama. Me giré. Un hombre, de mandíbula floja y de piel grisácea y pálida, yacía en ella. Estaba cubierto de vendas y un montón de tubos de plástico recorrían su cuerpo.

Me giré sorprendido mientras la enfermera salía a toda prisa de la habitación. No pude oír lo que gritaba.

Me acerqué aún más al hombre y supuse que estaría muerto. ¿Pero cómo podía haber otra persona más en mi cama? ¿Qué clase de hospital asigna dos enfermos a una sola cama?

Extraño. Me incliné para mirarlo. Su cara era igual que la mía. Negué con la cabeza. Imposible. Miré su mano izquierda. Llevaba una alianza igual que la mía. ¿Cómo era posible?

Comencé a sentir una frialdad incómoda en el estómago. Traté de retirar la sábana para ver su cuerpo, pero fui incapaz. Había perdido el sentido del tacto. Seguí intentándolo hasta que me fijé en que mis dedos atravesaban la sábana. Retiré la mano de inmediato, asqueado. «No, no soy yo», me dije. ¿Cómo podía serlo cuando yo aún estaba vivo? Hasta me dolía el cuerpo. Prueba irrefutable de que vivía.

Giré con rapidez cuando dos doctores entraron en la habitación, y luego me eché atrás para permitirles inspeccionar el cuerpo.

Uno de ellos comenzó a exhalar en la boca del hombre. El otro tenía una epaer... deletrea h-i-p-o-d-é-r-m-i-c-a; sí. Contemplé cómo pinchaba la aguja en la carne del hombre. Entonces una enfermera vino corriendo; traía consigo una máquina equipada con ruedas. Uno de los doctores apretó dos gruesos cacharros de metal contra el pecho desnudo del hombre, que solo se retorció. Entonces fue

cuando supe que no había relación alguna entre aquel tipo y yo, pues no sentí nada.

Sus esfuerzos fueron en vano. El hombre estaba muerto. «Una lástima», pensé. Su familia lo iba a pasar mal. Eso me hizo reparar en Ann y los niños. Tenía que encontrarlos para calmarlos. Sobre todo a Ann. Sabía lo aterrorizada que estaría. Mi pobre y dulce Ann...

Me giré y caminé hacia la puerta. A mi derecha había un baño. Eché un vistazo y vi un lavabo, un interruptor y un botón con una bombilla roja al lado, bajo la cual un cartel rezaba: «Emergencia».

Salí al pasillo y no me costó reconocerlo. Sí, por supuesto. La tarjeta de mi cartera indicaba que debían traerme aquí en caso de accidente. El hospital Motion Picture, en las colinas Woodland.

Me paré y traté de encajar las piezas. Había tenido un accidente y me habían traído hasta aquí. ¿Por qué no descansaba entonces en una cama? Aunque lo cierto es que me había despertado en una. En la misma en la que reposaba el hombre que acababa de morir. El hombre que se parecía a mí. Tenía que haber una explicación para todo ello. Sin embargo, no la encontraba. No podía pensar con claridad.

Al fin, se me ocurrió una respuesta. No estaba seguro de si era o no la correcta..., pero no tenía nada más. Había de aceptarla. Al menos por el momento.

Me hallaba bajo los efectos de la anestesia; me estaban operando. Todo ocurría solo en mi mente. Esa era la deducción lógica. Nada más tenía sentido.

«¿Y ahora qué?», pensé. Haría lo que deseaba. Y lo que deseaba era encontrar a mi Ann.

Justo cuando lo decidí, vi a otro doctor correr por el pasillo hacia mí. De manera deliberada traté de detenerlo cuando pasó a mi lado, pero mi mano atravesó su hombro. «No importa», me dije. Soñaba. Y todo tipo de cosas estúpidas se suceden en los sueños.